Revista Agustiniana 177 (2017) 549-564

JACQUELINE PASCAL (1525-1661)

CARMEN HERRANDO

1. EL PADRE DE JACQUELINE, ETIENNE PASCAL

Étienne Pascal, el padre de Jacqueline, Gilberte y el gran Blaise Pascal, procedía de una familia que se había instalado en Clermont-en-Auvergne, hoy Clermont-Ferrand, en el siglo XV. Su padre, Martin Pascal, fue consejero y recaudador de impuestos del rey Henri III, y como tantos otros miembros de la burguesía y de la pequeña nobleza de Francia, se sintió atraído por la Reforma protestante, aunque el horror de la Noche de San Bartolomé, en agosto de 1572, le disuadiría de seguir por tal camino, y contrajo matrimonio católico con Marguerite Pascal de Mons; tuvieron ocho hijos, de los que Étienne era el mayor. Formaron una familia cristiana con un buen poso crítico por influencia de los reformados. Étienne Pascal dejaría Clermont en 1608 para ir a París; se inscribió en la Sorbona, pero su gran curiosidad intelectual no casaba con las formalidades académicas de los estudios de leyes, y lo que realmente le importaba eran las personalidades curiosas interesadas en asuntos no menos curiosos. Su estancia en París duró poco, pues su padre le reclamó cuando en 1610 fue asesinado el rey y la situación se tornó inquietante. Al morir Martin, Étienne se hizo con el cargo de «consejero real de *Bas Auvergne en Clairmont*», y más tarde, en 1624, un año antes del nacimiento de Jacqueline, compraría el cargo de Segundo presidente de la *Cour des Aides* de Montferrand, el tribunal encargado de atender contenciosos fiscales. En 1616 se había casado con Antoinette Begon, con la que tuvo cuatro hijos: Antoinette, que murió al poco tiempo de nacer, Gilberte (1620), Blaise (1623) y Jacqueline (1625). Pero la esposa de Étienne moriría pronto; Jacqueline no tenía más que un año cuando murió su madre. De los niños y de Étienne se haría

cargo Louise Delfaut, la fiel ama de llaves, que pasó a ser un miembro más de la familia.

Étienne Pascal no permitió que sus hijos fueran a la escuela. Él mismo tomó las riendas de su educación. Esta actitud no era extraña en el caso de las niñas, pero sí lo era referida al hijo varón. Blaise fue admirablemente instruido por su padre, quien se tomaría en serio la formación de sus hijos, especialmente la del niño, sin descuidar la de las niñas. Ideó algunos métodos pedagógicos que quienes los conocen no dejan de calificar de admirables (G. Périer, 1963: 18; Le Gall, 2000: 120-121)). Así describe la hija mayor, Gilberte, en su *Vie de Monsieur Pascal*, la formación que recibía su hermano: «Durante aquel tiempo, seguía aprendiendo latín, y aprendía también griego, y además, durante las comidas y tras ellas, mi padre le hacía preguntas tanto sobre lógica, como sobre física, como de las otras partes de la filosofía, y esto fue lo que aprendió, no habiendo ido nunca al colegio ni tenido otros maestros, ni para estas cuestiones ni para el resto» (G. Périer, 1963: 19).

Cinco años después de quedar viudo, Étienne trató de hacerse con el cargo de primer presidente de la *Cour des Aides* de Clermont, pero no lo logró. Y consciente de que su curiosidad natural le conducía cerca de quienes se interrogaban sobre la vida y el universo, decidió dar un vuelco a su vida, vender su cargo a uno de sus hermanos, y marcharse con sus hijos a París, que era donde estaban las academias y los salones burgueses adonde acudían los sabios a discutir sobre estos temas, que aún no consideraba la Universidad. Se instalaron, así, los Pascal en una casa modesta del barrio del Temple, acompañados por la fiel Louise Delfaut, que, como dice Gilberte, «hacía de madre» de los niños. Y tras un periodo difícil para Étienne, éste logró por fin ser admitido en una de las Academias que había entonces en París: la *Academia Parisiensis*, dirigida por Marin Mersenne, un fraile de la orden de los *Mínimos*, alma de aquel grupo interesado especialmente en matemáticas y astronomía. Fue el físico Roberval quien introdujo a Étienne Pascal en aquel círculo, uno de los más influyentes de aquel tiempo. Y Blaise Pascal asistía con su padre a algunas de aquellas reuniones, tomando buena nota de las grandes cuestiones que allí se discutían. Fue por entonces cuando sucedió uno de los prodigios que se cuentan del Pascal adolescente: el descubrimiento de buena parte de las proposiciones que Euclides presenta en sus *Elementos*. Cuenta Gilberte que un día, cuando su padre volvía de una reunión de la Academia de Mersenne, halló a Blaise en la biblioteca de la casa, sentado en el suelo y absorto en la contemplación de unos papeles donde había dibujado círculos y ángulos. El muchacho confesó que estaba tratando de demostrar que la suma de los

tres ángulos de un triángulo siempre equivale a dos ángulos rectos. Étienne no salía de su asombro, mientras comprobaba que el chico podía demostrar otras proposiciones básicas de la geometría euclidiana. Constató asimismo que llamaba «barras» a las líneas y «redondeles» a los círculos, y que era capaz de usar la palabra «axioma», que él no le había enseñado. Según Gilberte, su hermano Blaise descubrió él solo treinta y dos de las proposiciones de los *Elementos* del sabio griego, y en el mismo orden que éste las había establecido (G. Périer, 1963: 19). Hay otras versiones de este hecho que indican que el joven Pascal pudo haber encontrado entre los libros de su padre uno publicado en 1554, con una versión reducida en latín de los *Elementos*, y que lo habría consultado a escondidas (Attali, 2000: 50).

Estos acontecimientos harían que Blaise Pascal empezase a convertirse en una suerte de leyenda desde niño, y que sus dos hermanas le admirasen como a un prodigio. El resplandor del muchacho ocultaba las gracias de las muchachas, especialmente las de la pequeña, que pronto brillaría con luz propia. Gilberte y Jacqueline recibían también una buena instrucción de su padre, con gran aprovechamiento, y fueron entrando en el mundo de los salones y las reuniones sociales, en la medida en que tal cosa le era permitida a una joven.

Pero la vida en París era cara, y Pascal padre tuvo que pensar en colocar sus dineros para sacarles mejor partido. Se embarcó así en una inversión de obligaciones del Estado, concretamente en un asunto de rentas del Ayuntamiento de París, que le sirvió para asegurar su patrimonio y poder llevar una vida social más holgada.

2. Jacqueline, valedora de su padre ante el Cardenal Richelieu

La pequeña Jacqueline estaba encantada en París. También ella encuentra personas interesantes, y son muchos los descubrimientos cotidianos que la apasionan: además de las lecciones de su padre y la cercanía de un hermano genial, las bellas letras comienzan a ganar su espíritu. Étienne no sólo asistía a las reuniones de la Academia de Mersenne, sino que llevaba consigo a sus hijos a reuniones sociales, y fue así como Jacqueline conoció el mundo del teatro y de la poesía, y muy pronto se pronunciaría sobre cuestiones a ellos referidas. Halló en sí misma una gran facilidad para expresarse en verso, un don ciertamente prodigioso para componer versos espontáneamente. No tardaría en ser requerida en los salones más notables. Como escribe Víctor Cousin, Jacqueline «no era inferior a su hermano Pascal, ni por el espíritu ni por el carácter, y no sabemos hasta

dónde habría llegado si hubiese hecho caso de la gloria, si se hubiese cuidado de las facultades recibidas» (Cousin, 1877: 49).

Pero en la Francia de Luis XIII y el Cardenal Richelieu las cosas estaban difíciles. Reinaba un descontento general en todas las capas sociales, debido en buena parte a la altísima presión fiscal, y esto se dejó notar en las cuentas de Étienne Pascal, quien recibía cada vez menos beneficios de las rentas del Ayuntamiento de París, y lo que percibía llegaba tarde y menguado. En 1638, el canciller Séguier suspendió los pagos de muchas rentas estatales, y eso afectó seriamente al padre de Gilberte, Blaise y Jacqueline. Étienne protestó y se manifestó junto a otros rentistas frente al palacio del Ministro de Justicia. Unos cuatrocientos afectados asistieron a la manifestación, y algunos fueron identificados por las autoridades. Esto hizo temer represalias a Étienne, quien se vio obligado a huir, ante el temor de ser encarcelado. Dejó a sus hijos en París con Louise Delfaut, y él se ocultó en Auvernia, donde pensaba permanecer mientras durasen las represalias.

La fama que ya tenía Jacqueline como poeta y espontánea versificadora, así como su desenvoltura y su simpatía, habían llegado hasta a la corte. Madame de Morangis, gran dama y vecina de los Pascal, pidió a Jacqueline que acudiese con ella al castillo de Saint-Germain-en-Laye; allí, la pequeña Pascal presentó unos versos dedicados al embarazo de la reina Ana de Austria, porque sabía cuán esperado era el futuro delfín (Luis XIII había hecho un voto solemne de consagración de Francia a la Virgen, rogando públicamente a Dios que le diese un hijo varón). Jacqueline acudió a la corte un día de junio de 1638; no está claro si fue ese mismo día o sucedió días atrás, pero hubo un pequeño terremoto en la región, y la reina encinta lo acusó sobremanera. Ante tal hecho, Jacqueline improvisó unos versos que la reina acogió entusiasmada; en ellos se refería al movimiento del delfín en el seno de su madre, comparándolo con el movimiento sísmico, como si el niño lo hubiese notado... Ana de Austria quedo tan encantada, que pedía tener a Jacqueline a su lado el mayor tiempo posible, y lo mismo pedían las damas de la corte. Sin embargo, sin dejar de agradar a los presentes, la hija de Étienne quiso aprovechar la situación para rogar a Su Majestad el perdón de su padre, pero el intento fue en vano.

En aquel otoño de 1638, Jacqueline contrajo la viruela; estuvo muy enferma y cesaron sus idas y venidas a la corte. La enfermedad le dejó impresos varios hoyuelos en el rostro, pero ella, a sus trece años, lo tomó con delicadeza y alegría, y hasta compuso un poema piadoso de agradecimiento:

¡Oh, cuán feliz mi corazón se siente,
Cuando veo en el espejo los hoyuelos
Y las huellas de mi viruela!
Yo los tomo por secretos testigos,
Según vuestra palabra santa
De que no estoy entre los que os aman menos [1]

(Jiménez Lozano, 2000: 78).

Curada del todo, Jacqueline, en la primavera de 1639, actuó en la representación de *El amor tirano* de Georges de Scudéry ante su Eminencia Jean-Armand du Plessis de Richelieu. Acompañada por sus hermanos, la joven Pascal hizo de Casandra ante el cardenal ministro de Luis XIII, quien quedó maravillado. Esta vez no desaprovechó la ocasión de interceder por su apenado padre, y declamó unos versos compuestos para la ocasión, en los que suplicaba al eclesiástico y hombre de Estado que librase a su padre del exilio. Richelieu acordó esta merced a la joven y le rogó que fuesen a verle cuando su padre estuviese de vuelta. Y así lo hicieron en mayo de 1639. Fue así como esta joven que aún no había cumplido catorce años logró del hombre más poderoso de Francia la libertad de su padre, con una actitud desenfadada y libre ante tan eminente representante del poder.

3. Un premio de la mano de Corneille

Aunque la familia Pascal salió favorecida gracias a la astucia de la joven Jacqueline, la situación en Francia empeoraba. Richelieu mandó sofocar varios levantamientos; en Normandía fueron especialmente cruentos, pues los rebeldes asesinaron a un funcionario recaudador de la gabela y a su familia. El cardenal envió a Normandía al ministro de justicia, canciller Séguier, con un comisario para ayudarle, y propuso para el cargo a Étienne Pascal, que no pudo negarse. Tenía experiencia como funcionario en la recaudación de impuestos y era buen matemático. La familia Pascal se trasladó a Rouen a comienzos de 1640.

[1] Gilberte Périer escribe sobre este acontecimiento: «tenía entonces trece años, y el espíritu lo bastante avanzado para amar la belleza y sentirse afectada por haberla perdido. Sin embargo, no le afectó gran cosa aquel accidente: al contrario, lo consideró como un favor y compuso versos para dar gracias a Dios donde decía que miraba sus hoyuelos como guardianes de su inocencia y como marcas fehacientes de que Dios quería conservarla». (Cousin, 1877: 58).

La vida en Rouen era agradable: visitas y relaciones se sucedían; en aquel clima conoció Jacqueline al dramaturgo Pierre Corneille, que también quedó fascinado por el talento de la joven, animándola a seguir escribiendo. Fue Corneille quien la instó a participar en un concurso de poesía que versaba sobre la Concepción de la Virgen María, protectora de Francia. Jacqueline participó de forma anónima y ganó el premio; Corneille lo recogió en su nombre.

No tardaría en llegar a Rouen un pariente de Clermont, consejero de la *Cours des Aides*, que venía a ayudar a Étienne. Se trataba de Florin Périer, con quien contraería matrimonio Gilberte en junio de 1641. Los Périer vivieron un par de años en Rouen, pero regresarían a Auvernia, aunque dejaron a su primer hijo, Étienne, con su abuelo para que lo educase como había educado a Blaise. Blaise tenía 19 años cuando inventó la máquina de calcular, que había concebido precisamente para ayudar a su padre con la recaudación de los impuestos. Entre 1642 y 1643 logró hacerla funcionar; la fue perfeccionando, y hasta llegó a comercializarla; fabricaría unas cincuenta, construidas con materiales diversos (cobre, maderas preciosas, marfil...). No es, pues, de extrañar, que los éxitos de Jacqueline quedasen de nuevo ocultos ante el brillo de aquel invento, precursor de nuestras computadoras.

El cardinal Richelieu moría a finales de 1642, y pocos meses después, Luis XIII. Les reemplazaron la reina regente Ana de Austria y su ministro Mazarino.

4. El encuentro con los «discípulos de san Agustín»

En enero de 1646, Étienne Pascal resbaló sobre el pavimento helado y se dislocó una pierna. Este hecho aparentemente insignificante –salvo para el propio afectado– trajo consecuencias importantes para la familia, pues los cirujanos que curaron a Pascal padre, los hermanos Deschamps, eran discípulos de Cornelius Jansen, y recomendaron a la familia Pascal lecturas piadosas de dicho autor, como el *Discurso sobre la reforma del hombre interior*, y otras cuya espiritualidad estaba en la misma línea: *Sobre la comunión frecuente*, de Antoine Arnauld, o *Cartas espirituales* y *El corazón nuevo*, de Jean Duvergier de Hauranne, abbé de Saint-Cyran. Étienne Pascal y sus médicos se entendieron tan bien que estos se quedaron casi tres meses con la familia, y hubo tiempo de sobra para darles a conocer el cristianismo vivido por los seguidores de la nueva corriente espiritual, basada en el ejemplo y los escritos de san Agustín. Jacqueline, que se preparaba entonces para recibir el sacramento de la confirmación, apreció mucho las lecturas indicadas, y en todos se obró un redescubrimiento de su propio

cristianismo. Según Gilberte, «toda la casa sacó provecho de la estancia de estos señores. Sus discursos edificantes y su vida buena, que era conocida, despertaron en mi padre, en mi hermano y en mi hermana, ganas de leer los libros que les habían servido para llegar a este estado» (Cousin, 1877: 62).

Unos años antes, en 1638, el abbé de Saint-Cyran, director espiritual del monasterio de Port-Royal, en torno al cual se gestaba esta espiritualidad de raíces agustinianas, había sido encarcelado en la fortaleza de Vincennes. Era amigo de Cornelius Jansen, obispo de la ciudad flamenca de Ypres, que moriría el 6 de mayo de aquel mismo año. Jansen (Jansenius o Jansenio) había sido profesor en Lovaina y era autor de un libro sobre san Agustín que llevaba por título *Augustinus*, y no sería publicado hasta 1640. Este libro marcó el camino de los que pronto serían llamados *jansenistas*: personas que se tomaban muy en serio la vivencia de su cristianismo, y cuya espiritualidad se forjó en torno al monasterio de Port-Royal des Champs y su casa filial en París.

La historia de Port-Royal es una historia fascinante. La protagonizan dos niñas de familia noble a quienes su padre, Antoine Arnauld, logra colocar como futuras abadesas de los monasterios de Port-Royal des Champs y Saint-Cyr, ambos de la orden del Císter. Port-Royal había sido fundado en 1204 por Mathilde de Garlande como respuesta al voto que pronunció su marido, Mathieu I de Marly-Montmorency, al partir con la cuarta cruzada. El monasterio estaba situado sobre una zona pantanosa del valle de Chevreuse, conocida como Porrois, de donde le viene el nombre. En 1223, el papa Honorio III dio autorización para que las monjas pudiesen acoger a seglares en búsqueda de un espacio retirado; fue así como surgieron quienes pronto se conocerían como solitarios o *messieurs* de Port-Royal.

Antoine Arnauld, el padre de las dos pequeñas abadesas, era un abogado importante y miembro del Parlamento de París. Su familia había vuelto al catolicismo tras simpatizar algún tiempo con los protestantes, y él había tenido que ver con la primera expulsión de Francia de la Compañía de Jesús, en 1594. De los veinte hijos que tuvo, solo vivieron diez, y cuatro de ellos destacaron en el entorno jansenista: las dos abadesas citadas, que se convertirían en las madres Angélique y Agnès, Antoine Arnauld hijo –el «gran Arnauld»: abogado, sacerdote y teólogo, defensor de la causa jansenista–, y Robert Arnauld, conocido como Arnauld d'Andilly, uno de los principales solitarios o *messieurs* de Port-Royal, que es como se conocía a unos cuantos varones seglares muy influyentes que se retiraron a vivir al

lado del monasterio, y que formaron un movimiento importante de intelectuales en torno a la causa jansenista.

En 1599, Antoine Arnauld padre movió los hilos para que dos de sus hijas obtuviesen sendos puestos de abadesas en los monasterios de Maubuisson y Saint-Cyr. Al primero fue Jacqueline, y allí sería formada para ser abadesa de Port-Royal, donde se convertiría en la madre Angélique; Jeanne iría a Saint-Cyr, donde también sería formada para ser abadesa cuando cumpliera los veinte; más tarde sería la madre Agnès.

Las dos niñas tuvieron que soportar aquella vida impuesta, y vivieron entre monjas un tanto mundanizadas, que más parecían señoras huidas del mundo, pues vivían en sus celdas rodeadas a veces de cierto lujo. La regla se cumplía, así, con cierta relajación. Era una situación similar a la que encontró Teresa de Ávila en la Encarnación cuando ingresó en el año 1535. El Concilio de Trento (1545-1563) puso orden en esta y otras irregularidades en la Iglesia, pero hizo falta tiempo para llevar a cabo las reformas. Sin embargo, Port-Royal no dejaba de estar alejado del mundo, y aquel clima de retiro, la meditación, la soledad y el estudio de la regla, fueron transformando poco a poco el interior de Jacqueline, la futura madre Angélique. En una ocasión en que regresó con sus padres porque estaba enferma, quedó fuertemente impresionada por esa vuelta al mundo, y de nuevo en Port-Royal, la predicación de un monje tocó su corazón en lo más hondo. Tenía diecisiete años cuando decidió dar un vuelco a su vida y a la de las monjas, a las que instó a volver a la pureza de la regla. En adelante, en Port-Royal se cumpliría la regla cisterciense con rigor: las monjas se levantarían de madrugada, guardarían silencio y se comunicarían por señas durante el tiempo de trabajo; ayunarían cuando la regla lo indicase, pondrían sus bienes en común, cambiarían el hábito por otro de paño más tosco... Poco a poco se fueron transformando el ritmo de la casa y sus costumbres: se volvió al canto regular de las horas litúrgicas, a la meditación, al trabajo manual y a la clausura estricta, que prohibía la entrada a la zona del monasterio habitada por las monjas a quien no formase parte de la comunidad. El cambio que implantó la madre Angélique fue tan radical, que cuando el 25 de septiembre de 1609 llegó al monasterio su padre, Antoine Arnauld, que entraba y salía sin ningún tipo de miramientos, al encontrarse por vez primera con las puertas cerradas y percatarse del cambio que suponían las nuevas normas, montó en cólera. Se puso tan furioso que su hija, la madre Angélique, se desvaneció ante él y perdió el sentido: la abadesa había cometido el «desacato» de acatar precisamente la que era su regla de vida. Arnauld acabó entrando en razones. En Port-Royal se conoce aquel día como el «día de la ventanilla», en alusión a la ventanilla de

la reja claustral. Marcó un auténtico salto a la fe en Angélique Arnauld y en buena parte de las monjas. Esta conversión personal y de la comunidad entera supondría un gran incentivo para la reformas de otras comunidades en Francia.

Otro de los pilares del naciente jansenismo fue Jean Duvergier de Hauranne, nombrado abbé de Saint-Cyran en 1626; había nacido en Bayona en 1578. De él dijo Richelieu que era más peligroso que seis ejércitos juntos; le detestaba y le temía, y por eso lo encerró en Vincennes, donde seguía preso cuando leyó *Augustinus*. Pero a pesar de los ecos tan duros que nos han llegado sobre él, muchos estudiosos destacan que era un genio de la acción espiritual y buen conocedor del interior de las personas, capaz de detectar las más sutiles particularidades de cada cual, un «formidable director de conciencias» (Attali, 2000: 95). Colaboró con el cardenal Pierre de Bérulle en la fundación de la Congregación del Oratorio, y fueron muchos los notables de Francia (nobles, parlamentarios, grandes señores, hombres de letras, e incluso obispos) que estuvieron bajo su dirección espiritual tras la muerte del cardenal. Afirmaba que «hay un espacio como seis pies de territorio de alma, en el que nunca deben poner ni imponer su imperio, ni ser temidos, ni chancelier ni personne –ni canciller ni nadie–», como destaca José Jiménez Lozano, buen conocedor del jansenismo (Jiménez Lozano, 2000; Jiménez Lozano, 1971). Saint-Cyran fue director espiritual de Port-Royal desde 1935, y sería uno de los principales promotores de la espiritualidad que irradiaba el monasterio.

En 1625, año del nacimiento de Jacqueline Pascal, Angélique Arnauld emprendió la fundación de Port-Royal de París [2] debido a lo insano del terreno del monasterio de Chevreuse. Ambos monasterios fueron casas hermanas que dejaron de depender de Cîteaux para pasar a la jurisdicción del Arzobispado de París.

5. Una decisión inquebrantable

Jacqueline había tenido propuestas de matrimonio en Rouen, y mientras su padre la animaba a casarse, su hermano la convencía de lo contrario. Los libros de Saint-Cyran abrieron en ella nuevos horizontes, y empezó a barajar la idea de entrar en la vida religiosa. No le quedó el menor resquicio de duda cuando en otoño de 1647 conoció con su hermano Port-Royal de París. Ella y Blaise volvieron a instalarse en París, y aquel

[2] El monasterio sigue en pie, pero hoy alberga una clínica (una maternidad). La estructura de la casa, la capilla y el claustro permanecen como en el siglo XVII. Se halla en el cruce del boulevard de Port-Royal y el Faubourg Saint-Jacques.

año de 1647 tuvo lugar un encuentro famoso: el de Pascal con Descartes en casa de Pascal, en los primeros días del otoño [3]. Pero el encuentro que la impresionaría a ella fue el suyo con el padre Singlin, director espiritual de las monjas de Port-Royal; le daría luz para tomar la decisión de hacerse monja. Comenzó así a frecuentar el monasterio y a entrevistarse con la madre Agnès, la hermana de la madre Angélique, priora de Port-Royal de París. La madre Agnès orientó a Jacqueline en la vida religiosa al estilo de Port-Royal. Nada dijo Jacqueline a su hermano sobre la decisión que había tomado en su interior, pero cuando se lo comunicó, Pascal se desmoronó. Y lo mismo le pasaría a su padre, que permaneció en Rouen hasta la revuelta de *La Fronde.*

En 1649, la familia vuelve a estar reunida en París (a excepción de Gilberte y Florin, que vivían en Clermont con sus hijos). La realidad de los Pascal se volvió un tanto particular y extraña: buscaron una casa más sencilla, cerca del barrio del Marais, y mientras Étienne se encontraba solo, pues Mersenne y algunos de sus amigos habían muerto, Blaise andaba absorto, preguntándose por el equilibrio de los líquidos, las cónicas y el vacío; Jacqueline, por su parte, se sentía contrariada porque su padre no aceptaba su ingreso en Port-Royal. Lo suyo le costaría que Étienne le permitiera hacer un retiro de tres meses en el monasterio; lo hizo, por fin, a comienzos de 1649 en Port-Royal de París, y con ello quedaría confirmada su vocación, pero el padre le hizo prometer que no entraría en el monasterio hasta que él muriese.

En verano de 1649, los Pascal de París se trasladan a Auvernia, con la familia de Gilberte. Gilberte y Florin tuvieron seis hijos: Étienne, el único que se casó, pero sin dejar descendencia, Marie, que murió con corta edad, Jacqueline y Marguerite –ambas formadas en Port-Royal–, Louis y Blaise. Los dos últimos emprendieron el camino del sacerdocio, pero sólo Louis llegó a presbítero, pues Blaise murió tras ser ordenado diácono. Louis (el abbé Périer) y su hermana Marguerite fueron quienes se encargaron de clasificar y publicar las obras de su tío a la muerte de éste.

Jacqueline escribía con asiduidad a la madre Agnès, y vivía retirada en su cuarto, esperando el momento de ingresar en el monasterio. Aquel verano envió a la priora de Port-Royal de París unos versos que había escrito con motivo de la fiesta de la Ascensión, dándole a entender que le pedía permiso y consejo para redactar otros que le habían solicitado.

[3] Por las cartas de Jacqueline sabemos detalles de esta visita, que no cuenta el mismo Pascal. La carta del 25 de septiembre de 1647 permite rectificar otros testimonios, como explica Michel Le Guern (Le Guern, 2003, p. 268).

La respuesta de la madre Agnès fue firme, y en ella expresaba a la futura monja que dejar el mundo es dejar el mundo, y eso suponía olvidarse de la poesía y de cualquier expresión de un talento que convenía guardar para Dios. Así le escribiría: «Es un talento del que Dios no le pedirá cuenta, pues la humildad y el silencio son la parte que conviene a nuestro sexo» (Sainte-Beuve, 2004: II, 533). Fue así como quedó «congelado» el don literario de Jacqueline Pascal. Aunque esto último no es del todo cierto, pues cuando sucedió la curación milagrosa de su sobrina Marguerite (el milagro de la santa espina) le permitieron escribir versos de alabanza por aquel acontecimiento que tanto favorecería la causa jansenista.

La estancia en Auvernia se prolongó más allá del verano, y al volver a París la situación de la familia seguía siendo la misma: Jacqueline retirada, Étienne aburrido, y Blaise, famoso por sus descubrimientos, solicitado en los salones de París. Fue la época mundana de Pascal, a la que contribuiría en buena medida el retiro de su hermana y la indiferencia de ésta hacia él.

6. Jacqueline, monja en Port-Royal

El 24 de septiembre de 1651 murió Étienne Pascal en París, con sesenta y tres años de edad. Aunque para Jacqueline fuese duro, le supuso una suerte de liberación. Pero para Blaise sería un mal trago. Puede que sea de aquel momento este *pensamiento* desesperado: «el último acto es sangrante, por hermoso que haya sido el resto de la comedia. Se echa tierra sobre la cabeza y, en fin, así se acaba para siempre» (Pascal, 1963: 523).

En Port-Royal de París esperaban a Jacqueline. Necesitaban monjas instruidas para prestar servicio en las escuelas (*les petites écoles*) que habían iniciado los dos monasterios. Pero antes tendría que seguir el proceso canónico de preparación a la profesión, que en su caso se suponía corto; bien sabía su priora que llevaba más de un año viviendo en retiro, como una religiosa. Sin embargo, no tuvo las cosas fáciles. Anunció su firme decisión a Gilberte cuando esta llegó a París para arreglar los asuntos de su padre, pero Blaise había decidido por su cuenta que irían a vivir los dos a una casa más pequeña en Beaubourg, a la que se trasladaron con ayuda de Gilberte, sin que contase la opinión de la hermana menor. Jacqueline callaba, y a pesar de la oposición de su hermano ingresó en Port-Royal de París, muy de mañana y sin despedirse, el 4 de enero de 1652; tenía veintiséis años y tres meses. Ese paso recuerda mucho al que dio Teresa de Ávila el día de difuntos de 1535, cuando dejó, también de madrugada, la casa de su padre contra la voluntad de este, y se fue al convento de la Encarnación.

Blaise estaba persuadido de que Jacqueline se quedaría a su lado, como se había quedado con su padre, creía que no iba a ser capaz de dejarle en aquellos momentos duros para él. Pero no fue así. La decisión era firme. Jacqueline tomó el velo de novicia el 26 de mayo de 1652, y aunque escribió a su hermano varias cartas, este no respondió ninguna. Pronunciaría los primeros votos en la primavera de 1653 como hermana Jacqueline de Sainte-Euphémie.

7. Un año de lucha con Pascal

En una de las cartas que Jacqueline escribió a su hermano, le decía:

> Necesito vuestro consentimiento y vuestra aprobación, que con todo el calor de mi corazón os pido, no para poder cumplimentar mi decisión, puesto que no son necesarios para ello, sino para cumplimentarla con alegría, con tranquilidad de espíritu, con paz; porque, no siendo así, resulta que realizaré la más grande y gloriosa acción de mi vida con una extrema alegría mezclada a un extremo dolor y en medio de una agitación de espíritu indigna de semejante gracia... Justo es que los demás se hagan un poco de violencia para pagarme toda la que yo me he hecho durante cuatro años. (Sainte-Beuve, 2004: II, 534).

Pero tampoco esta carta tuvo respuesta. En el fondo de su corazón, Blaise estaba convencido de que Jacqueline no soportaría sus presiones y volvería con él a casa. Pasados unos meses, en medio de aquel silencio doloroso, surgió el problema de la dote. Se acercaba la profesión de Jacqueline y había que decidir ciertas cuestiones formales de la vida religiosa. Al ingresar en Port-Royal sin el consentimiento de su hermano, Jacqueline entraba sin dote (aportación de dinero o de bienes para el monasterio), sin embargo, ella quería donar a su comunidad los bienes que le correspondían por herencia, pero se dio de bruces con la oposición de dos hermanos testarudos: Blaise, que no aceptaba la decisión de su hermana, y Gilberte, que al callar otorgaba (pues con cinco hijos no le venían mal los dineros; además, ella y Florin estaban a punto de adquirir el *château de Bienassis*, en Auvernia). Había cierta urgencia en resolver la cuestión, debido a que Jacqueline no podía recibir la dote tras los votos: los religiosos no contaban civilmente, eran como «muertos» para el mundo. El padre Singlin aconsejó a Jacqueline escribir de nuevo a sus hermanos para hacerles ver la injusticia que cometían con ella, pero no recibió respuesta inmediata. Blaise reaccionaría a última hora, mientras Gilberte seguía «callando». Pascal se sintió mal cuando cayó en la cuenta del terrible dolor de su hermana, y entonces recapacitó. El cuatro de junio de 1653, víspera de la

profesión, se presentó en Port-Royal para entregar a su hermana cinco mil libras de renta anuales, con ciertas condiciones, y Jacqueline pudo por fin entregar parte de sus bienes al monasterio. La joven monja había pasado un calvario con aquella injusticia, y llegó a pedir a la madre Agnès que la recibiesen como hermana lega, pero su superiora se negó. Pascal terminó aceptando la voluntad de su hermana, y se determinó a hacerlo con alegría y dando gracias a Dios.

El último día de mayo, cuando Blaise regresaba apresurado a París para resolver el asunto de la dote, Inocencio X emitía la bula *Cum occasione*, donde condenaba cinco proposiciones teológicas que se habían denunciado unos años atrás en la Sorbona.

Pascal seguiría con sus tratados científicos y reanudaría la amistad con Jacqueline. Pasó una crisis existencial muy grande, en la que las conversaciones con su hermana en Port-Royal fueron para él un verdadero bálsamo. La crisis desembocó en un acontecimiento luminoso que sucedió la noche del 23 al 24 de noviembre de 1654, y que se conoce como su «segunda conversión». Recibió una certeza interior que le afianzaría en su fe y le llenaría de alegría; supuso otro vuelco en su vida. Jacqueline escribirá a Gilberte: «No es razonable que ignores por más tiempo lo que Dios ha obrado en esta persona tan querida; pero desearía que sea él mismo quien te lo cuente...» (Sainte-Beuve, 2004: II, 543).

8. Más que un asunto de conciencia

Desde entonces, todo se precipitó para aquellos primeros jansenistas que vivían y predicaban un cristianismo serio, auspiciado por la gracia, al amparo de los dos monasterios de Port-Royal. Jacqueline sería víctima de aquel proceso.

La bula de Inocencio X venía a coronar un debate teológico que tuvo lugar en La Sorbona unos años atrás en torno al libro *Augustinus* de Jansenio. Antoine Arnauld y otros *señores* de Port-Royal discutían sobre todo con los *señores* de la Compañía de Jesús, confesores del rey y de muchos cortesanos, a propósito de cinco proposiciones que unos decían que estaban presentes en el citado libro, y otros sostenían que no. El Versalles de Luis XIV frente al monasterio de Port-Royal. Una cuestión de poder, en cuyo juego entraría Pascal con las cartas *Provinciales*, que hicieron furor en el París de entonces.

Aquel asunto de la Sorbona trajo consecuencias terribles. Venía a prolongar las discusiones en torno a la gracia, tema conocido como *de auxiliis* y prohibido por otra bula papal de principios de siglo, debido a las enconadas discusiones que despertó en tiempos pasados. Las controversias sur-

gidas ahora sobre las proposiciones heréticas que supuestamente contenía el libro de Jansenio no hacían más que poner de relieve una gran lucha de poder que llegaría hasta Roma. El proceso desembocó en un formulario cuya firma impuso Roma –por la bula *Ad sacram* de 1657– a todos los clérigos del reino de Francia, pero también a religiosos y religiosas.

En 1656, cuando las cosas se pusieron muy mal y el monarca mandó cerrar por un tiempo las *Petites écoles*, sucedió algo extraordinario en Port-Royal de París. Marguerite, la sobrina de Jacqueline, que sufría desde hacía tiempo un absceso purulento en un ojo, fue curada milagrosamente. Esos días custodiaban en el monasterio la reliquia de una de las espinas de la corona de la Pasión de Cristo. Y el 24 de marzo, cuando la niña fue a venerarla, por indicación de una religiosa acercó el ojo enfermo al relicario, y al instante notó que había dejado de supurar. Varios médicos examinaron a Marguerite, cuyo caso era conocido en París porque ningún médico lograba curarla. La vieron también el primer cirujano del rey y otro enviado por Ana de Austria; ante aquel prodigio, la madre del rey, poco amiga de los jansenistas, pidió que se detuviesen los procesos contra Arnauld.

La tregua, sin embargo, duraría poco, y las controversias volvieron con mayor acritud. Jacqueline fue enviada como vicepriora y maestra de novicias a Port-Royal des Champs, a finales de 1659. El asunto del formulario vino a ser como un cerco que se estrechaba en torno a los amigos de San Agustín, y particularmente sobre las monjas. El 8 de junio de 1661 se dio un plazo definitivo de quince días para firmar el documento, cuya ratificación equivalía a condenar «la doctrina de las cinco proposiciones de Cornelius Jansenius, contenidas en su libro *Augustinus* [...], la cual no es la de san Agustín, que Jansenius explicó mal, en contra del sentido verdadero que le otorgaba el santo doctor» (Gouhier, 1966, 310).

Las monjas de Port-Royal no sabían ni podían comprobar aquella cuestión, pero se fiaban de sus directores espirituales, que sostenían que tales proposiciones así formuladas no figuraban en el libro de Jansenio. La cuestión se convirtió en un trágico asunto de conciencia que derrotaría a la hermana de Pascal. Las monjas de París firmaron el formulario el 22 de junio, pero en Port-Royal des Champs Jacqueline Pascal instaba a la resistencia. No obstante, se vieron obligadas a firmar unos días después «con la muerte en el alma». Sus superiores les decían que con la fórmula que firmaban sólo se comprometían en lo tocante a la fe, merced a unas cláusulas añadidas por los teólogos jansenistas para evitar el problema de conciencia. Jacqueline sufrió lo indecible; el desasosiego que le causó semejante problema de conciencia aceleró sin duda su muerte. Dos cuestiones la

atormentaban: la de la verdad y la de la fidelidad a la Iglesia. A finales de junio escribió dos cartas en las que expresaba su más hondo sentir: a Antoine Arnauld y a la madre Angélique de Saint-Jean, sobrina de Angélique Arnauld. En ellas insistía en el firme deber que un cristiano tiene con la verdad, así como en la importancia y la centralidad de la conciencia en la vida de las personas. Firmó el documento, pero se percató enseguida de que no se trataba sólo de graves cuestiones de conciencia, sino de una persecución injusta que le llevaba a representarse los tiempos de la Iglesia primitiva. Y tenía razón, pues los perseguidores no se conformaron con la firma del formulario, sino que volvieron a la carga con más virulencia aún, hasta que Port-Royal fue completamente destruido.

El 6 de agosto de 1661 moría la madre Angélique Anauld a la edad de sesenta y ocho años. Jacqueline no tardó en seguirla: la encontraron muerta en su celda el 4 de octubre de aquel mismo año; al día siguiente habría cumplido treinta y seis años. Días antes había escrito estas palabras, con gran dolor de corazón:

> Sé que defender la verdad no corresponde a simples mujeres, pero, por una triste coincidencia, se puede decir que ya que los obispos tienen hoy el ánimo de simples mujeres, las simples mujeres tienen que tener entereza de obispos. [...] Y si no nos corresponde a nosotras defender la verdad, nos toca morir por ella y sufrir todo lo que sea menester, antes que abandonarla (Cousin, 1877: 324-325).

Una historia ciertamente hermosa y terrible, la de Jacqueline Pascal, quien, además de muchos versos tempranos, dejó varias cartas, un *Réglement pour les enfants de Port-Royal*, y sus *Pensées édifiants sur le mystère de la mort de Notre Seigneur Jésus-Christ*, que evocan los *Pensamientos* de su hermano por su agudeza y hondura.

José Jiménez Lozano noveló la destrucción de Port-Royal en *Historia de un otoño*. La resistencia de los jansenistas y de las monjas es considerada por este autor el primer gran acto de conciencia civil de la modernidad. La gloria de Port-Royal –escribe– es «haberse enfrentado con todos los poderes de este mundo para atenerse a lo que su conciencia insobornable e imposible de atemorizar tenía por verdadero, y la de su fidelidad geométrica a lo real» (Jiménez Lozano 2000: 160). Jacqueline Pascal no es sino el humilde ejemplo de la debilidad que resiste. Por eso, en estos tiempos de bastante indiferencia, su firmeza es un faro que da luz.

Bibliografia

Albiac, Gabriel, *Pascal*, Barcanova, Barcelona, 1981.

Attali, Jacques, *Blaise Pascal ou le génie français*, Fayard, Paris 2000.

Cousin, Victor, *Jacqueline Pascal*, Librairie Académique, Paris 1877 (8ª ed.). Consultado en Gallica.bnf.fr. Bibliothèque Nationale de France.

Gouhier, Henri, *Blaise Pascal. Commentaires*, Vrin, Paris 1966.

Herrando, Carmen, *Blaise Pascal*, Fundación E. Mounier, Madrid 2010.

Jiménez Lozano, José, *Retratos y naturalezas muertas*, Trotta, Madrid 2000.

Le Guern, Michel, «Les lettres de Jacqueline Pascal», en *Revue d'histoire littéraire de la France* 103 (2003) p. 268.

Le Gall, Adré, *Pascal*, Flammarion, Paris 2000.

Pascal, *Œuvres complètes*, París 2002, Édition Intégrale, Seuil (1963). Presentación y notas de Louis Lafuma. Prefacio de Henri Gouhier.

Pascal, Obras. Estudio Introductorio de Alicia Villar, Gredos, Madrid 2012.

Périer, Gilberte, *Vie de Monsieur Pascal*, en Pascal, *Œuvres complètes*, Paris 2002, L'Intégrale du Seuil (1963).

Périer, Gilberte, *Vie de Jacqueline Pascal*, en Pascal (1964), *Œuvres*, Paris, Desclée (edición de J. Mesnard).

Sainte-Beuve, Michel, *Port-Royal*, 2 tomos, Presentación de Philippe Sellier, Robert Laffont. Paris 2004.

mcherrando@usj.es